

Fuera de esto, me parece que el estudio de los símbolos es hoy
 menos olvidado y ya interesante más y más los espíritus. El ilustre
 Sr. Landriani, Obispo de la R. Sede de Viterbo, acaba de publicar sobre el simbolismo
 un libro, bajo el punto de vista filosófico y doctrinal, una obra muy nota-
 ble, donde las teorías más nobles y los mejores razonamientos vienen
 á justificar la publicación de estos estudios, y con ellos está
 Además, se me ha asegurado por un pariente que otros nuevos tra-
 bajos sobre la ciencia de los símbolos van á verse en el próximo
 No nos sorprendamos de esto. La Iglesia es un vaso precioso
 que sabe conservar y nunca pierde los ritos que guarda. El símbo-
 lo, derivándose de este vaso, ha impregnado, durante un largo
 século de siglos, á todo el mundo católico y si en épocas posteriores
 cesó de hervir, este aroma no fue porque dejara de permanecer
 en el vaso, más bien podemos decir que se ha reconcentrado en él
 para adquirir mayores fuerzas y difundirse después penetrando con
 más abundancia en toda la atmósfera cristiana. No se puede
 Sin embargo, no he querido abstenerme de exponer al público lo que
 que vez que sostentamos sobre mí mismo, como si yo no fuera el
 he creído que estos trabajos no serían inútiles para mis lectores y
 tantas á otros de mis lectores; y por esta causa han venido á juntarse
 en la composición de mi obra, á los textos sagrados y á los comentarios
 de los Padres de la Iglesia, algunas palabras y frases que son más
 Tal es en suma el método que he seguido, porque así lo he creído
 más á propósito y mejor acomodado al objeto que me he propuesto.
 La creación animada, que es la materia de estos estudios, podrá ser
 considerada en sus relaciones con el hombre, en sus relaciones con
 la vida animal, y en sus relaciones con la vida intelectual.
 La vida animal se aproxima más á la nuestra. El instinto imita la
 inteligencia, y alguna vez hasta los sentimientos del corazón. Nues-
 tros fabulistas han podido sin hacer violencia á la verdad, prestar y
 poner en boca de los animales discursos muy sensatos, de los que el
 hombre ha tomado útiles é importantes lecciones. El lector, como lo
 espero, sabrá estimar el valor de estos símbolos cristianos, considerán-
 dolo muy superiores á las fábulas, puesto que ellos hablan con tanta
 abundancia á los seres animados, un lenguaje más elevado, más ver-
 dadero, instructivo y conmovedor.
 Ojalá que este libro mio aproveche, como deseo, á todas esas per-
 sonas á quienes el positivismo de estos últimos tiempos había hecho
 despreciar tan deplorablemente esta clase de estudios tan interesantes
 como amenos.

nos que exclamar con San Ambrosio: "Para demostrar la divina Sabidu-
 ra vale más el testimonio de la naturaleza que todos los argumentos de
 la ciencia." Estas palabras y sus correspondientes se refieren á un
 Pero los objetos del mundo exterior no se limitan á revelar á Dios,
 sino que cada uno de ellos me instruye y me hace mejor. ¡Oh! cuántas y
 cuán importantes lecciones van á darme ahora los seres animados! Pre-
 guntad á los animales, nos dice Job, y ellos os enseñarán vuestros maestros.
 ¡Oh Dios mío! Todo lo que hay en la naturaleza nos enseña á bendecir
 y á vivir santamente.
 gloria y nuestra felicidad.

ESTUDIOS

SOBRE EL SIMBOLISMO DE LA NATURALEZA ANIMADA

O SEA

EL CONOCIMIENTO DE DIOS POR SUS OBRAS

Cuando Dios creó el mundo, él mismo se manifestó á sí mismo y á los
 seres que él mismo creó. La tierra, el agua y los cielos se
 poblaron de seres animados, y su vida, tan imperfecta como fue, derrama-
 da en medio del mundo en innumerables formas, era desde entonces, bien
 que á una distancia infinita, una débil sombra ó un pospósito de la vida real.
 Y perfecta que solo se veía en el hombre, también por el mis-
 mo, inteligencia y amor, por lo que cuando Dios creó al ser á su imá-
 gen, le dio un alma que le permitiera conocer á Dios y á sí mismo.

LOS ANIMALES.

Elocuencia de la creación animada para celebrar la gloria de Dios.—El pecador semejante al bruto.—
 Nabucodonosor.—Sensualismo y materialismo.—Solo el hombre mira al cielo.—El instinto del animal
 imita la inteligencia y la voluntad del hombre.—Las almas sencillas.—Los animales mundos é inmun-
 dos.—La Iglesia ha recibido en su seno la universalidad de los hombres.—Jesucristo figurado por los
 animales humildes.—Jesucristo, alimento del hombre.

SI cada objeto del mundo inanimado me ha elevado hácia Vos, ¡oh Dios
 mio! si no he podido contemplar ni una estrella en el cielo, ni una flor
 bajo mis plantas, ni una sola gota de agua en el Océano, sin repetir con
 Ananías, Misael y Azarías: "¡Obras todas del Señor, bendecid al Señor!"
 ¿cómo han de quedar en silencio mis alabanzas delante de la naturaleza
 viva y animada?

En efecto, á medida que los seres se elevan sobre la escala de la crea-
 cion, nos van repitiendo con más elocuencia el Santo Nombre de Dios. El
 Arador, que mis ojos apenas pueden distinguir por ser el más pequeño de
 los insectos, pero que tiene vida, ha recibido su perfeccion con más ventaja
 de las manos poderosas del Señor, que el más grande y brillante de los so-
 les: por lo mismo, con más elocuencia y armonía que los astros, esta pe-
 queñísima criatura celebra con sus imperceptibles movimientos las glorias
 del Altísimo. Así es que en presencia de los seres animados, no puedo mé-

I Dan. III, 57.

nos que exclamar con San Ambrosio: "Para demostrar la divina Sabiduría vale más el testimonio de la naturaleza que todos los argumentos de la ciencia."¹

Pero los objetos del mundo exterior no se limitan á revelarme á Dios, sino que cada uno de ellos me instruye y me hace mejor. ¡Oh! cuántas y cuán importantes lecciones van á darme ahora los seres animados! "Preguntad á los animales—nos dice Job—y ellos serán vuestros maestros. *Interroga jumenta... et docebunt te.*"²

¡Oh Dios mio! Todo lo que hay en la naturaleza nos enseña á bendeciros y á vivir santamente; porque habeis creado el universo para vuestra gloria y nuestra felicidad.

II

Cuando Dios creó á los animales, ¡qué de innumerables maravillas salieron á la vez de su poder y de su bondad! La tierra, el agua y los cielos se poblaron de seres animados, y su vida, tan imperfecta como fué, derramada en medio del mundo en innumerables formas, era desde entonces, bien que á una distancia infinita, una débil sombra ó un bosquejo de la vida real y perfecta que solo existe en Dios. Esta vida divina es tambien por sí misma, inteligencia y amor: por eso cuando Dios quiso crear un sér á su imagen y semejanza,³ sacó al hombre de la nada.

Este hombre, á quien la filosofía llama animal racional, participa efectivamente de la naturaleza de los animales, por la vida, por sus órganos, por sus apetitos y sentidos; pero se eleva incomparablemente sobre ellos por la razon y por el amor: dominados sus sentidos por la recta razon, á nadie queda sometido más que á Dios. El amor debe sobreponerse á los groseros apetitos del corazon, para que este corazon no descansa más que en el supremo bien que es Dios. Tal es el orden y la sublime armonía establecida por el Creador. El hombre no permanece en su condicion esencial, sino en tanto que por la razon y por el amor, se eleva sobre su sér animal; pero si humilla su razon bajo el peso de sus sentidos, y si en lugar de obsequiar á la divina voluntad, se hace un vergonzoso esclavo de sus concupiscencias y de sus pasiones, entonces, descendiendo del alto y honorífico puesto en que el Señor lo habia colocado, viene á nivelarse con el bruto "haciéndose su semejante."⁴ Esta es la palabra expresa de David y la primera enseñanza que nos dan los animales irracionales, que vienen á ser para nosotros el emblema del pecador.

¡Oh Dios mio! ¡y cuán cierto es que el pecado me nivela con los brutos! Mi razon no me eleva sobre ellos, sino porque ella está sometida á vuestro querer. Ella no manda sino obedeciendo vuestros preceptos, y no reina sino

¹ S. Ambr. Hexam. lib. VI, cap. 4.

² Job. XII, 7.

³ Gen. I, 26.

⁴ Ps. XLVIII, 13.

tornándose esclava de vuestra voluntad soberana. Si quiero destruir este orden admirable, si me rebelo contra Vos, inmediatamente mis pasiones y mis más viles instintos se me sobreponen, y perdiendo entonces mi inocencia, pierdo tambien mi dignidad.

En la Sagrada Escritura nos encontramos un hecho, que es la figura más sensible y exacta de la humillacion del hombre por el pecado.

Nos cuenta el Profeta Daniel, que Nabucodonosor, rey poderoso de Babilonia, quiso rebelarse contra el Rey de los reyes por la ambicion y el orgullo; y que luego sufrió una especie de transformacion por el espacio de siete años, que lo hizo descender al estado miserable de las bestias.

El hombre es el rey de la creacion; pero Dios se ha reservado todo dominio sobre él, y en vano éste procurará sacudirle. El orgullo que dijo á Dios: "No quiero servirte,"² ó la pasion que dice á los sentidos: "Yo seré vuestra esclava," rebajan de tal manera al hombre, que lo asemejan al bruto.

III

Si la razon es el privilegio esencial de la naturaleza humana, y la que distingue al hombre de los animales, ella es tambien la que asegura á su alma la incorrupcion y la inmortalidad; porque como dice muy bien el angélico Doctor:³ aquello que hace corruptible el alma de las bestias es, que todo el sistema de sus sensaciones y de sus instintos, depende de los órganos corporales esencialmente corruptibles por sí mismos. Y la prueba que trae el Santo de esa diferencia constitutiva entre las sensaciones del animal y la inteligencia del hombre, está sacada de la experiencia intima que cada uno de nosotros puede hacer sobre sus propias sensaciones y sobre su inteligencia. ¿No es verdad que mientras más se ejercita nuestra sensibilidad más y más se fatigan nuestros órganos y nuestros sentidos? ¿No es cierto que una luz demasiado viva nos ciega, y que un ruido estrepitoso nos ensordece? Por el contrario: nuestra inteligencia se eleva hácia la verdad y la penetra, y entonces siente que se dilata su poder y que se aumenta su energía. La fatiga que experimenta en el acto de pensar, es accidental puramente y más bien se le imputa á aquellos órganos de que ha tenido la precision de servirse.

Esta doctrina nos hace comprender muy fácilmente, cómo el pecado, sometiendo la razon á los sentidos, nos conduce al materialismo y á negar la inmortalidad del alma; por eso vemos que en el libro del Eclesiastés usan los impíos de este lenguaje: "El hombre no es más que bestia: la muerte del uno es semejante á la de la otra."⁴ Pecando el hombre se asemeja al animal y no sabe aspirar á destinos mejores que los suyos, abdicando de este modo su inmortalidad.

¹ Dan. IV, 22.

² Jerem. II, 20.

³ Qu. LXXV, art. 3.

⁴ Eccl. III, 19.

IV

Sin embargo, rehusando Dios á los animales el alma racional é inmortal que tan bondadosamente dió al hombre, ha querido que su estatura y la forma misma de su cuerpo fuesen para él un emblema de la superioridad de su naturaleza.

Solo el hombre, entre los animales, anda con la cabeza levantada y mirando con sus ojos el cielo.

“¡Oh hombre!—exclama San Ambrosio—ponte en guardia y no te encorves á manera de las bestias; cuando tu cuerpo está recto, ¿para qué estrecharlo á que se doblegue con el peso de tus pasiones? Los animales no se nutren sino revolcándose en el cieno; pero tú, ¡oh hombre! ¿por qué te has de arrastrar como ellos, queriendo saciar tus apetitos? Advierte que la misma naturaleza te mantiene erguido.”¹

V

Verdad es que el animal no ha recibido aquellas nobles facultades que son la herencia del hombre; pero en recompensa, Dios le ha dado maravillosos instintos, y más dócil que nosotros á la ley que lo gobierna, jamás traspasa el orden soberano del Creador. Por esta cualidad suya viene á ser frecuentemente nuestro modelo.

Oigamos sobre esta materia á San Ambrosio:

“Hé aquí la enseñanza que nos da la Sagrada Escritura: “Hijos, amad á vuestros padres en el Señor, y vosotros, padres, no exciteis la cólera de vuestros hijos.”² Esta enseñanza es igual á la que nos ministra la misma naturaleza, poniéndonos de ejemplo á los animales que aman tiernamente á sus pequeñuelos.

“Si en medio de un numeroso rebaño se extravía lejos de su madre el corderito, comienza á arrojar balidos lastimeros para que ésta le responda y le indique el camino que deba tomar: entónces vemos que entre mil ovejas reconoce en el momento á la madre, y aun cuando apenas logra extraer una gota de leche de sus secas ubres, no por esto se va con las otras ovejas que tienen leche en abundancia, sino que para apagar su sed, busca ansioso aun las fuentes ménos fecundas que le presenta el vientre de la madre. Esta, á su vez, jamás cambia por otro el cordero que le pertenece. El pastor no sabe distinguir entre todas las ovejas del rebaño; pero el corderito y la madre nunca se equivocan. Al pastor le engañan las apariencias, á la madre no le engaña su amor.”³

¡Bendigamos la providencia de nuestro Dios! ¡Cuántas veces en la sé-

¹ S. Ambr. Hexam. lib. IV, cap. 3.

² Ephes. VI, 1 et 4.

³ S. Ambr. ibid.

rie de estos estudios veremos que los animales nos van á servir de ejemplo para enseñarnos el cumplimiento de nuestros más santos preceptos!

Mas ¿por qué será ¡oh Dios mio! que entre todos los seres de la creación solo yo os ofendo y os desobedezco? Vos me habeis creado muy superior á los animales y me habeis colocado en una dignidad poco inferior á la de los Angeles.¹ Si levanto los ojos al cielo, veo que todos los Angeles están sometidos á vuestras órdenes; si los bajo á la tierra, me admiro al ver que aun los animales, con solo su instinto, son dóciles á vuestra ley. Así es que tanto en los cielos como en la tierra, resuena un solo grito: Obediencia á Dios.

¿Cuándo, pues, ¡oh Dios mio! este grito y esta voz uniforme encontrarán eco en mi corazón...?

VI

Frecuentemente ¡ay de mí! el orgullo de nuestro espíritu es el que nos aparta de la obediencia de Dios; ménos envanecidos con nuestra inteligencia, seríamos más dóciles y sumisos. Oigamos con espanto de nuestro corazón aquellas terribles palabras del Señor: “Yo perderé esa sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes.”² Ni esta prudencia ni esta sabiduría, valen delante de Dios lo que vale la sencillez de la humildad. Los animales son, por lo mismo, el símbolo de las almas humildes y sencillas.

“He titubeado, Señor—decía David—en el camino de la virtud, y algunas veces he estado á pique de extraviarme cuando he visto la prosperidad y la paz que gozan los pecadores á quienes no perturba el recuerdo de la muerte; cuyos pensamientos y palabras son en favor de la iniquidad y cuyas acciones vergonzosas se publican en alta voz. Pues cuando ya su lengua lo ha arrasado todo en la tierra, tiene su insolente boca la osadía de embestir al cielo vomitando blasfemias contra el Señor... Mas aun cuando la felicidad del malo me ha exasperado y conmovido quitándome las luces y el conocimiento, y me he visto tan incapaz como el bruto para penetrar en los consejos de vuestra sabiduría, jamás, Señor, os he dejado... Entónces me tuvisteis de vuestra mano, y con vuestra bondad supisteis guiarme por las ásperas sendas de la adversidad, hasta introducirme lleno de gloria en mi patria.”³

En igual sentido agrega el Profeta en otro de sus Salmos: “Los animales de vuestro bendito rebaño, habitarán seguros cerca de Vos en tu heredad, y esta grey verá convertida su pobreza en abundancia de todos los bienes que vuestra bondad, ¡oh Dios mio! ha sabido prepararle.”⁴

¡Oh Jesus mio! Tú siempre has manifestado tu amor de mil maneras á las almas sencillas y humildes; las primeras palabras de tu Apostolado fue-

¹ Ps. VIII, 6.

² 1 Corint. I, 19.

³ Ps. LXXII, 23-24.

⁴ Ps. LXXVII, 31.

ron para ellas "Binaventurados los pobres de espíritu—dijiste—porque de "ellos es el reino de los cielos."¹ Esos pobres de espíritu, Señor, son tu grey escogida, tu rebaño bendito. Tú no les pides más que una sumisión humilde y sencilla, y en cambio les prometes la posesión eterna del reino de los cielos!

VII

La antigua ley hacia distinción entre los animales mundos é inmundos. Solamente los primeros podían servir de alimento á los hebreos; pues les estaba prohibido nutrirse con los segundos.

Para que un animal pudiera reputarse mundo ó limpio, debía tener la pesuña hendida y rumiarse aquello con que se alimentaba.² Una de estas dos condiciones no era suficiente por sí sola. El animal en quien no se encontraban dichas señales era inmundo.

Los Santos Padres interpretan de un mismo modo y en un sentido simbólico esta ley de Moisés.³

Escuchemos á Orígenes. En primer lugar, dice: "¿cuáles son los hombres que puedan asemejarse á los animales rumiantes? Aquellos que entregados enteramente al estudio de la divina Sabiduría emplean los días y las noches en meditarla atentamente; los que leen con cuidado y aprecio la letra de las Santas Escrituras, poniendo todo su conato y aplicación para darle su verdadero sentido espiritual, y aquellos, por último, que desde los grados ínfimos de los objetos visibles se elevan hasta las cosas invisibles."

Mas todavía exige Moisés, para que el animal pudiera ser puro, que la pesuña estuviere hendida.⁴

"Esta condición no se cumplirá—continúa hablándonos Orígenes—si no se medita y estudia con cuidado la ley del Señor; si no obramos de tal modo que nuestra conducta y nuestras obras den señales del discernimiento que hemos debido hacer entre la vida presente y la futura, entre el camino espacioso del mundo y el sendero estrecho que conduce al cielo....."

"¿Queréis ser puros? pues cumplid las dos condiciones, procurando desde luego, al meditar atentamente la ley del Señor, sacar de la oscuridad de la letra el precioso sentido que en ella se contiene, y después, por medio de un discernimiento prudente y exacto entre lo que es bueno y lo que es malo, conformar en todo vuestra conducta á la ley que habeis meditado."⁵

¹ Mat. V, 6.

² Levit. XI, 9.

³ S. Aug. contr. Faust. lib. VI, cap. 7.

⁴ Levit. XI, 3.

⁵ Orig. in cap. XI, Levit.

VIII

Esta distinción de los animales mundos é inmundos figuraba también en la ley de Moisés, aquella separación que Dios quiso establecer entre los judíos y las naciones extrañas, la que debía acabar promulgado el Evangelio.

Un día que el Apóstol San Pedro se disponía á tomar alimento, vió el cielo abierto y un gran mantel que descendía de lo alto sostenido por los cuatro extremos, y que en los pliegues de este lienzo habia toda clase de cuadrúpedos, de reptiles y de pájaros; oyó el Apóstol una voz que le decia: "Levántate, Pedro, mata y come," á la que Pedro respondió: "De ninguna manera, Señor, porque jamás entró en mi boca cosa manchada é inmunda." Y volviendo á escuchar la voz, oyó que le decia: "No llames impuro á lo que Dios tiene ya purificado." Esto sucedió por tres veces, hasta que el mantel ascendió al cielo.¹

Esta singular vision, en su sentido literal, no tenia más objeto que hacer comprender al Apóstol que la ley de Moisés sobre la distinción de alimentos puros é impuros, quedaba para lo sucesivo del todo revocada. Pero San Jerónimo nos advierte que esta vision nos figuraba también muy de antemano, esa multitud de hombres, tan diversos por su naturaleza, carácter y costumbres, figurada en esa porción de animales distintos á los ojos del Apóstol que vendría á reunirse en la Iglesia para no formar más que un solo pueblo, objeto de la complacencia de Dios.²

Siguiendo esta misma interpretación el gran San Agustín, nos dice: "Que aunque ya habia sido figurada por primera vez la vocación de la gentilidad al cristianismo, cuando el Señor ordenó á Noé que guardase en la Arca los animales que debían preservarse de las aguas del diluvio, esta vision de San Pedro fué un segundo símbolo que nos figuraba el mismo hecho. Las cuatro puntas del mantel que veía el príncipe de los Apóstoles, significaban, segun la opinion del Santo Doctor, las partes del mundo que debían unirse en una misma Iglesia; y el propio mantel que bajó tres veces ántes de volverse al cielo, traía á la memoria el augusto misterio de la Trinidad, en cuyo nombre serian bautizadas todas las naciones."

¡Oh Dios mio! todas las impurezas legales llegaron á su término y acabaron, y la única mancha que puede alcanzarnos es la del pecado. Vos habeis puesto una sola distinción, y es la que hay entre el justo y el pecador, no entre el judío ni el gentil, entre el señor y el esclavo ó entre el sabio y el ignorante. Vos distinguís, es verdad, entre el justo y el pecador; pero también lo es que vuestra bondad paternal acoge al pecador lo mismo que al justo, cuando aquel que os ha ofendido se arrepiente y vuelve á Vos con

¹ S. Aug. in Ps. CIII, serm. 3.

² Rom. X, 12.

amor. El pecado me ha hecho semejante á los animales impuros; pero me acuerdo de las palabras del Salmista: "Vos, Señor, salvareis á los hombres y á los animales sin razon. *Homines et jumenta salvabis Domine*"¹ Y tambien tengo presente que la Arca Santa de vuestra Iglesia, mejor que la de Noé, recoge en sus senos á los animales que no deben perecer. Confieso mi baja, me avergüenzo de mi pecado, pero vive en mí la confianza, y por lo mismo, me arrojo en los brazos de vuestra misericordia. "*In te confido, non erubescam.*"²

IX

No nos sorprendamos al ver que Jesucristo, anonadándose como se anonadó hasta vestirse de nuestra propia naturaleza que tanto nos aproxima á los animales, se nos represente con tanta frecuencia bajo la humilde figura de ellos: el Hombre Dios encierra en sí el mundo,³ y así como cada objeto de la creacion inanimada nos trae á la memoria el Nombre de Dios, ayudándonos en cierta manera á conocer mejor á Jesucristo, así tambien cada sér viviente debe despertar en nosotros su recuerdo.

Limitémonos á considerar aquí que los Santos Evangelistas que nos escribieron los hechos de la vida del Salvador, están figurados en la Divina Escritura bajo el emblema de estos cuatro animales: el hombre, el buey, el leon y el águila.

¿Y para qué fueron estos emblemas—nos preguntan los Doctores de la Iglesia—sino para que nos figurasen tambien á Jesucristo que quiso nacer como hombre, morir como el buey del sacrificio, luchar como el leon y ascender á los cielos como el águila?⁴ Estos cuatro símbolos de los animales evangélicos, resumen igualmente los misterios de la vida mortal del Salvador.

X

Recordemos por último que Jesucristo no solo se humilló hasta tomar la forma corpórea que es comun al animal y al hombre, sino que se humilla todavia ocultando su grandeza bajo las apariencias de un alimento grosero.

La nutricion es un acto necesario de la vida animal. Los animales no viven sino porque se nutren, y uno de los beneficios más admirables de la Providencia es el de proporcionar á todas las criaturas animadas los alimentos de que necesitan.⁵ Alimenta á las aves en los árboles, al cordero en las praderas, al leon en medio del desierto y á los peces en el fondo de

¹ Ps. XXXV, 7.

² Ps. XXIV, 2.

³ Domin. inf.-oct. Nat. 3 resp.

⁴ Hier. in Epist. lib. I, cap. 1 et alibi.

⁵ Mat. IV, 4.

las aguas. El hombre mismo está sometido á esta ley impuesta á los animales, y como ellos, tiene necesidad de nutrirse. Mas el sustento material que le conserva la vida, no es para él otra cosa más que el símbolo de un manjar que le envidian los Angeles. El pájaro vive solo del grano que le trae el viento; el hombre solo vive de pan, ó mejor dicho, el pan que le hace vivir descende del cielo.¹ Su alimento es la Eucaristía. Invencion maravillosa de vuestra infinita bondad, ¡oh Dios mio! y no puedo ménos que confesarlo así; porque lo que me asemeja al animal sin razon, viene á ser para mí el principio de mi grandeza; y miéntras los animales que pastan á mi alrededor, no consiguen, á pesar de la abundancia de los alimentos con que se nutren, mas que prolongar una vida precedera, solo yo, entre todos los séres, recibo en la Eucaristía el alimento precioso de la inmortalidad!

¹ Joa. VI, 50.